

La huelga de Cananea en 1906. Una reinterpretación

Nicolás Cárdenas García

De pronto, encontrándome a tres pasos de mi enemigo, me decidí de un modo inesperado; cerré los ojos y... chocamos, recio; yo no cedí ni una pulgada, y pasé adelante, como de igual a igual. Él ni siquiera se volvió; hizo como si no lo hubiera notado; pero seguro estoy de que sí lo notó. ¡Estoy seguro hasta hoy! Claro que fui yo quien recibí el envite más recio; él era más fuerte que yo. Mas no se trata de eso. Lo importante es que me salí con la mía. Sostuve mi dignidad. No cedí ni un paso, y públicamente hice alarde de igualdad social con él.

Fiodor M. Dostoievski [1864], "Memorias del subsuelo", en *Obras completas*, México, Aguilar, 1991, tomo II, p. 124.

CANANEA APARECE COMO UN LUGAR cargado de historia. Sin embargo, los acontecimientos que inscribieron a esa ciudad de manera perdurable en la memoria mexicana, se desarrollaron en apenas una semana de junio, en 1906. Más aún, como los hechos por sí mismos no se constituyen en historia, tuvo que pasar la Revolución de 1910-1917 para que, en adelante, historiadores, participantes, dirigentes sindicales y políticos se dedicaran a elaborar los escritos que hoy conforman su leyenda. La bibliografía acumulada desde entonces es extensa y, a pesar de ello, no hay todavía un acuerdo acerca de la naturaleza de esa huelga, sus factores causales y su impacto sobre la posterior caída del régimen porfirista. El asunto se ha complicado con la ampliación de las fuentes, porque si León Díaz Cárdenas había escrito en 1936 su libro pionero con folletos, artículos y libros del archivo de Enrique Flores Magón, y paralelamente Herbert Brayer su "The Cananea Incident" dos años después con periódicos estadounidenses, ya en 1956 Manuel González Ramírez tuvo acceso a los papeles de Esteban Baca Calderón y al Archivo General del

Estado de Sonora, y con ellos compuso la mejor antología existente hasta el momento.¹

Pero la apertura de fuentes no se detuvo ahí; desde entonces los historiadores profesionales han escrutado minuciosamente los archivos de Porfirio Díaz, el ramo *Gobernación* del Archivo General de la Nación (AGN), los reportes consulares de los archivos de Washington, el archivo de Relaciones Exteriores de México, los de Mexicana de Cananea (sucesora de la CCCC), los papeles de Corral, amén de otras colecciones que resguardan algunos documentos aislados sobre este acontecimiento. Fruto de ese escrutinio, hoy se conocen los testimonios de algunas de las principales figuras de la huelga: el del propio Baca Calderón, el de Plácido Ríos, y los de Greene, Dwight y Macmanus por la parte empresarial. Con ello parecería haber una base documental suficiente para llegar a acuerdos esenciales en el estudio de esa huelga, pero en realidad, como bien dice González, las dos interpretaciones existentes sólo se robustecen o debilitan a cada nuevo libro o artículo.²

En primer lugar, está la tradicional u ortodoxa, que enfatiza la naturaleza radical o incluso anarquista del conflicto, y pinta a obreros explotados que luchan contra una compañía imperialista que, además, los discriminaba por prejuicios raciales. En esta corriente, el Partido Liberal Mexicano (PLM) y la Western Federation of Miners (WFM) suelen ser presentados como protagonistas principales, por medio de activistas que conscientemente habrían tratado de hacer estallar una revuelta contra el régimen dictatorial. Es lógico que en esta línea argumental el episodio

¹ León Díaz Cárdenas, *Cananea*, México, Secretaría del Trabajo y Previsión Social, 5a. ed., 1989 (1a. ed., SEP, 1936); Herbert O. Brayer, "The Cananea Incident", *New Mexico Historical Review*, XIII, 1938, pp. 387-415; y Manuel González Ramírez (comp.), *La huelga de Cananea*, México, FCE, 1956.

² Esteban Baca Calderón, *Juicio sobre la guerra del Yaqui y génesis de la huelga de Cananea*, México, Secretaría del Trabajo y Previsión Social, 3a. ed., 1986 (1a. ed., Sindicato Mexicano de Electricistas, 1956). El testimonio de Ríos está recogido en la antología de González Ramírez. El de William C. Greene está en una larga carta (diez páginas) dirigida al coronel Myron M. Parker, fechada en Cananea el 11 de junio de 1906, *Archivo Histórico de Mexicana de Cananea*, Serie Documental, 1906, fólдер 0050 (en lo sucesivo AHMC, doc. 1906, 0050). El de A. S. Dwight está fechado el 8 de junio, también en Cananea (nueve páginas), mientras que otro, en el mismo fólдер, también en papel membretado de la compañía (seis páginas), no tiene fecha ni firma. Es probable que sea de I. Macmanus, entonces cajero del Banco de Cananea y regidor municipal; *Historical Society of Arizona*, MS 1032, Cananea Consolidated Copper Co. Records, box 4, fólдер 80 (en lo sucesivo, HSA, box 4, 80). Véase Michael J. Gonzales, "United States Copper Companies, the State, and labour conflict in Mexico, 1900-1910", *Journal of Latin American Studies*, 1994, núm. 26, pp. 651-681.

sea visto como un “catalizador” de la Revolución.³ El enfoque revisionista, por cierto con menos seguidores, argumenta que la huelga fue un conflicto industrial sin pretensiones revolucionarias. La huelga “fue espontánea y no una conspiración del PLM para empezar la revolución contra el régimen”. Ver a esos mineros como precursores “roba” al pasado el sentido de su existencia, al asumir que la importancia de la vida de algunas personas se mide por sus efectos hacia adelante. Pero en realidad “pocos hombres actuaron como si creyeran que la revolución era inevitable, y eso es lo importante. En cambio, vivieron sus vidas de día en día *sin* saber qué podría traer el mañana”.⁴

Tal vez la solución esté en ampliar las dimensiones del conflicto, en lugar de reducirse al momento espectacular del estallido. De hecho, González ha avanzado decisivamente en ello al incorporar el contexto regional, el papel clave de los gobiernos de ambos lados de la frontera como un aliado del capital y el subsecuente impacto del conflicto en diversos terrenos: una mayor racionalización de la producción, la organización obrera y la participación de algunos líderes en la Revolución.

En primer lugar, hay que señalar que no se trataba ni de la primera huelga, ni de la primera revuelta popular en Cananea. En abril de 1902, 65 mecánicos extranjeros que trabajaban en la construcción de la nueva fundición se declararon en huelga. Demandaban un incremento de 45 a 50 centavos por hora en compensación por las primitivas condiciones

³ Los fundadores de esta versión fueron León Díaz Cárdenas, Manuel González Ramírez, ya citados, y Manuel J. Aguirre, *Cananea. Garras del imperialismo en las entrañas de México*, México, Libro Mex, 1958. En esa tradición deben incluirse los recientes trabajos de: Salvador Hernández, *El magonismo: historia de una pasión libertaria, 1900-1922*, México, Era, 1984, pp. 30-49; Dirk W. Ratt, *Los revoltosos. Rebeldes mexicanos en los Estados Unidos, 1903-1923*, México, FCE, 1988, pp. 69-92, de donde está tomada la expresión “catalizador”; Ramón Eduardo Ruiz, *The people of Sonora and Yankee capitalists*, Tucson, The University of Arizona Press, 1988, pp. 113-115; Juan Luis Sariego, *Enclaves y minerales en el norte de México. Historia social de los mineros de Cananea y Nueva Rosita 1900-1970*, México, CIESAS, 1988, pp. 129-137; Eugenia Meyer (coord.), *La lucha obrera en Cananea 1906*, México, INAH, 1980; e Ismael Valencia, *Cananea*, s. l. e., INAH-SEP, 1984.

⁴ Rodney D. Anderson, *Outcasts in their own land. Mexican industrial workers, 1906-1911*, De Kalb, Northern Illinois University Press, 1976, pp. 116 y xvi. La lista puede aquí incluir las versiones “cautas” de Charles L. Sonnichsen, *Colonel Greene and the Copper Skyrocket*, Tucson, The University of Arizona Press, 1974; David M. Pletcher, *Rails, mines, and progress: Seven american promoters in Mexico, 1867-1911*, Port Washington, Kennicat Press, 1958, pp. 236 y ss.; y por supuesto, el nuevo impulso dado por Alan Knight, *The Mexican Revolution*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1986, vol. 1, pp. 144-150. Entre los mexicanos puede incluirse a José L. Trueba, *Cananea: 1906*, Hermosillo, Gobierno del Estado de Sonora, 1989, aunque su reconstrucción resulta muy limitada.

del campo minero, pero no fueron escuchados; por el contrario, la empresa, que arguyó pagar ya cinco centavos más que en Arizona, los metió en un tren y, escoltados por su policía privada, fueron conducidos a la frontera. Las consecuencias fueron malas para la compañía, pues los huelguistas trabajaron activamente para buscar la solidaridad del resto de trabajadores de Arizona, e incluso evitaron que algunos enganchados de Los Ángeles llegaran a contratarse en Cananea. Para terminar la fundición, fue necesario traer mecánicos de Colorado, con lo que se produjo un retraso de 60 días.⁵ El año siguiente hubo otra huelga, ahora de caldereros, y en ella resultó quemado un tren que transportaba esquiroleros desde Naco. En 1904, volvió a presentarse un nuevo conato de huelga, otra vez impulsado por obreros estadounidenses, aunque esta vez no parece haber tenido mayores consecuencias.⁶

No es extraño que estos primeros movimientos de protesta, más bien reducidos, fueran protagonizados por obreros estadounidenses. Cananea, para efectos prácticos, formaba parte de la misma zona cuprífera que los campos mineros de Bisbee, Douglas, Clifton Morenci, Globe y Metcalf, en el todavía territorio de Arizona. En esa región, que dominaban unas pocas empresas gigantes, había dos características que serían determinantes para la huelga de 1906. La primera era la existencia de una escala dual de salarios; la segunda, el flujo e intercambio de trabajadores e ideas entre uno y otro lados de la frontera. Aunque las empresas de Arizona ocupaban numerosos mexicanos, también tendían a ubicarlos en los puestos menos calificados, con desventajas salariales de entre 60 centavos y 1.50 dólares. Ello originó diversos conflictos laborales con marcados tintes étnicos, al grado que la WFM, hacia principios de siglo, utilizó una política antimexicana para ganar fuerza en la región. Con el tiempo, sin embargo, modificó su postura y no cabe duda que contribuyó al sostenimiento del PLM y a la difusión de un sindicalismo militante entre los trabajadores de la zona. Bajo su dirección estallaron huelgas como las de Clifton Morenci en septiembre de 1903, que duró 17 semanas y requirió la intervención de los *rangers* de Arizona.⁷

⁵ C. L. Sonnichsen, *Colonel Greene...*, op. cit., pp. 119-121 y Michael Gonzales, "United States Copper...", op. cit., p. 665.

⁶ Juan L. Sario, *Enclaves y minerales...*, op. cit., p. 131; David M. Pletcher, *Rails, mines, and progress...*, op. cit., p. 238; e Ismael Valencia, *Cananea*, op. cit., pp. 56-57.

⁷ David Maciel, "Luchas laborales y conflictos de clase de los trabajadores mexicanos en los Estados Unidos, 1900-1930", en Juan Gómez-Quinones y David Maciel, *Al norte del Río Bravo (pasado lejano) (1600-1930)*, México, Siglo XXI, 1981, pp. 114-126; Michael Gonzales, "United States Copper...", op. cit., pp. 663-664; W. Dirk Ratt, *Los revoltosos...*, op. cit., pp. 49-52; y Josefina Eisenman de Fabela (ed.), *Documentos his-*

Esta ola de agitación sindical, que se debía no sólo a la Western Federation of Miners, sino también a la más radical Industrial Workers of the World (iww), era además parte de un importante crecimiento de las organizaciones “rojas” en los Estados Unidos, capitalizado electoralmente por el Partido Socialista. Pero, en contrapartida, generó serias inquietudes entre el resto de la sociedad estadounidense, que en buena parte no desaprobaba la contratación de esquirols y la intervención del ejército o los *rangers* para solucionar los conflictos laborales. Sólo así puede entenderse que al llegar a Bisbee noticias del estallido de la huelga, por la tarde del 1 de junio de 1906, unas 2 000 personas se reunieran rápidamente en la plaza ansiosas de recibir mayores noticias y que cuando se solicitó voluntarios dispuestos a marchar en ayuda de la empresa y sus paisanos, no fuera problema reunir a casi 300.⁸

En lo que se refiere a un “motín” popular, es importante tener en cuenta que durante la realización de las fiestas del 16 de septiembre de 1904, justo cuando el nuevo Ayuntamiento tomaba protesta en el palacio municipal, la tienda de Arturo Fong Chung, ubicada en El Ronquillo, era saqueada por un “grupo numeroso de gente del pueblo”. Según el propietario, el ataque comenzó con una lluvia de papas y otros objetos con el pretexto de que “no había cerrado mi comercio por ser día nacional”, pero envalentonados con la llegada de nuevos reclutas, comenzó el saqueo. Fong y sus dependientes intentaron resistir, pero al ver que no era posible, huyeron “para poner a salvo nuestras vidas amenazadas por un ataque tan desenfrenado y alevoso como injustificado”. En fin, después llegó la policía y el afligido chino pudo evaluar el daño en 3 316 pesos.

La versión del juez fue ligeramente distinta. El asunto había comenzado con varias personas del pueblo divirtiéndose a costa de un chino al que insultaban, tiraban de la trenza y ultrajaban “de varios otros modos”. El chino huyó hacia la tienda de Fong Chung, pero la turba lo siguió:

Visto esto por un grupo de más de quinientas personas del bajo pueblo que con motivo de las celebraciones se habían reunido enfrente de dicha tienda, la multitud se agolpó a las puertas de ésta, convirtiéndose el escándalo

tóricos de la Revolución Mexicana, tomo XI, *Precursores de la Revolución Mexicana 1906-1910*, México, Jus, 1966, pp. 96-136.

⁸ Véase Rhodri Jeffreys-Iones, “Las consecuencias sociales de la industrialización, el imperialismo y la Primera Guerra Mundial, 1880-1920”, en Willi Paul Adams (comp.), *Los Estados Unidos de América*, capítulo 5, *passim*; y Herbert O. Brayer, “The Cananea Incident”, *op. cit.*, p. 399.

en un verdadero tumulto, pues el chino Fong Chung, con el fin de advertir a la policía, hizo dos disparos al viento, ocasionando mayor confusión y desorden, hasta la llegada de la policía.⁹

La policía hizo nueve detenciones, tal vez de algunos rezagados, y sólo pudo recuperar una mínima parte de lo robado pues, “dado el desorden que reinaba, unos a otros se arrebataban las mercancías de que se apoderaban y escapaban luego con lo que podían defender solamente”. En consecuencia, la investigación judicial resultó un fracaso, ya que no se pudo establecer a los responsables, aunque eso pareció normal al juez dada la clase de delitos, “cuando a su ejecución ocurre un número tan considerable de individuos”.

Este acontecimiento puede interpretarse como expresión del sentimiento antichino existente, o como un producto secundario de los brindis patrióticos que con toda seguridad muchos de los participantes habían hecho, pero también nos pone sobre aviso de la facilidad con que los habitantes de un barrio obrero mexicano se agrupaban y conformaban una masa anónima proclive a expresar su nacionalismo mediante actos violentos.¹⁰ En este caso, por supuesto, se dirigieron contra un grupo sin mucho poder en la ciudad, pero fue muy distinto cuando adquirieron una expresión antiestadounidense en 1906.

Estos antecedentes son importantes, pero estarían incompletos si no se consideran los graves problemas por los que atravesaba la Cananea Consolidated Copper Company (CCCC). Básicamente eran de dos tipos. Por un lado, la baja ley de los minerales a ser tratados (con sólo 3.5% de cobre) y el alto costo por tonelada beneficiada, hacían necesaria una nueva inversión millonaria en modificaciones tecnológicas —lo que incluía hornos adicionales— para hacer costearable su explotación. Por el otro, esos millones no existían, y en cambio, diversos

⁹ Juez segundo de Primera Instancia a secretario de Estado, Cananea, 22 de octubre, 1904, y Arturo Fong Chung a presidente municipal, Cananea, 8 de octubre, 1904, ambos en *Archivo General del Estado de Sonora*, Sección Histórica, 1904, tomo 1916.4 (en lo sucesivo AGES, 1904, tomo 1916.4). El juez estimó inflada la cifra de daños reclamados por el propietario, pero dado que no podían restituirse, no se tomó la molestia de hacer un cálculo más realista.

¹⁰ Por lo demás, el sentimiento antichino y su eclosión en plena época revolucionaria en el norte mexicano está ampliamente documentado. Véase José J. Gómez Izquierdo, *El movimiento antichino en México (1871-1934)*, México, INAH, 1991, pp. 75-80; Moisés González Navarro, “Xenofobia y xenofilia en la Revolución mexicana”, *Historia Mexicana*, vol. XVIII, núm. 4, abril-junio, 1969, pp. 569-614; y William K. Meyers, “La segunda División del Norte: formación y fragmentación del movimiento popular de La Laguna, 1910-1911”, en Friedrich Katz (comp.), *Revuelta, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*, México, Era, 1990, tomo 2, p. 142.

acreedores de la empresa urgían sus pagos. Esto generó, ya antes de la huelga, amargas disputas dentro de la junta directiva.¹¹

Los problemas técnicos eran de tal magnitud que George Robbins resumía: “Si no podemos cambiar las condiciones existentes y reducir nuestros costos o incrementar nuestra producción, podemos seguir ganando los dividendos actuales mientras el cobre se venda a 16 centavos o más por libra. Pero si bajara de 16 centavos por libra [...] entonces tendríamos que disminuir nuestros dividendos”.¹²

Afortunadamente para la empresa, el precio del cobre se elevaría en 1906, y podía entonces moverse con un margen de ganancia. Sin embargo, había motivos suficientes para preocuparse: deudas, una cartera demasiado diversificada y la necesidad de mostrar a los accionistas que la empresa iba viento en popa. En el fondo, el problema residía en la estrategia de desarrollo seguida hasta entonces; a los accionistas se les presentaban dividendos altos, pero también se les pedía dinero fresco para financiar la expansión de la empresa no sólo en Cananea, sino también en las subsidiarias. Muchas de ellas no habían comenzado a rendir frutos, y en consecuencia la empresa eje, la cccc, estaba en la práctica resultando descapitalizada: Greene requería urgentemente, a mediados de 1906, 5 000 000 de dólares para salir a flote, y sólo tenía tres.¹³

Esto tuvo una estrecha relación con el estallido de la huelga, pues para los obreros se tradujo en medidas para intensificar la producción y en recortes parciales de la fuerza de trabajo. Ésta había crecido constantemente en todos esos años, aunque más la parte mexicana que la estadounidense. En efecto, los 2 121 mexicanos empleados en 1902 habían aumentado a 5 360, mientras que los foráneos, predominantemente estadounidenses, apenas habían pasado de 1 808 a 2 200. Esto quiere decir que había una tendencia a ampliar la proporción mexicana conforme ésta adquiría calificación, y también a medida que se incrementaba la extracción de metal, pues hacía necesaria más mano de obra no calificada o semicalificada. De hecho, Cananea era una excepción en el panorama de las grandes empresas, incluso en el norte, donde ninguna otra tenía una proporción tan alta de mano de obra externa.¹⁴

¹¹ Geo S. Robbins a W. C. Greene, Nueva York, 14 de junio, 1906, y Myron M. Parker a W. C. Greene, Washington, 5 de junio, 1906; ambos en AHMC, doc. 1906, 0044.

¹² Geo S. Robbins a E. W. M. Law (First National City Bank), Nueva York, 25 de mayo, 1906, en AHMC, doc. 1906, 0105.

¹³ C. L. Sonnichsen, *Colonel Greene...*, op. cit., pp. 207-213, y D. M. Pletcher, *Rails, mines and progress...*, op. cit., p. 233, quien es más severo al respecto: destaca los cimientos mal contruidos de la empresa, el dispendio y la ineficiencia administrativa, que resultaban en altos costos de producción.

¹⁴ Michael Gonzales, “United States Copper...”, op. cit., p. 659. Cf. Juan M. Romero,

Los salarios pagados a los extranjeros, como se ha documentado ampliamente, eran entre tres y cinco pesos mayores a los que recibían los mexicanos, dependiendo de la categoría, pero ello era una práctica que se seguía desde el principio de la empresa y, según hemos comentado, en todas las compañías de la región. En realidad, mientras hubiera empleo, el salario de los mexicanos sería atractivo y ventajoso frente a cualquier otra ocupación. El problema era que 1906 no fue un año de mucho empleo y ello afectó más a los mexicanos que a los extranjeros. Durante abril se trabajó un total de 153 620 días-hombre, de los cuales 59 500 correspondieron a extranjeros y 94 120 a mexicanos, es decir, un promedio de 27 días para los primeros y 17.5 para los segundos. De hecho, trabajaron tiempo completo en ese mes 1 520 extranjeros y sólo 1 120 mexicanos.¹⁵ Por ello, es comprensible que cuando se anunció la intención de dar a contrato la extracción de metal en la mina Oversight, los obreros vieran claramente la intención de recortar aún más su número e intensificar su esfuerzo.¹⁶

En este contexto es donde hay que entender la actividad organizadora de algunos liberales y sus conexiones con los magonistas. Un pequeño grupo, formado por José López, Enrique Bermúdez y Antonio de P. Araujo, comenzó a distribuir en Cananea *Regeneración* durante 1905 y, después de un breve periodo en que tuvieron que refugiarse en Douglas, Arizona, Bermúdez volvió a Cananea para editar un semanario radical, *El Centenario*, que resultaba sumamente molesto para la empresa y los funcionarios municipales.¹⁷

Otro de los miembros del PLM que se encontraba en Cananea, Lázaro Gutiérrez de Lara, combinaba modestas actividades empresariales con su oficio de abogado y, desde 1903, había tenido disputas legales con Greene. Éste lo acusó de robo de leña y del cercamiento ilegal de algunos terrenos, por lo que fue recluido en la cárcel durante mes y medio; sólo mediante una fianza de 500 pesos obtuvo su libertad. Aunque Gutiérrez argumentó mucho después que este incidente arruinó su reputación de abogado y lo obligó a irse a los Estados Unidos, todavía lo

El Boleo, Santa Rosalía, B. C. S. Un pueblo que se negó a morir, Hermosillo, Universidad de Sonora, 1991, p. 115, y Alan Knight, *The Mexican Revolution*, op. cit., vol. 1, p. 146.

¹⁵ Memo. Geo Young a W. C. Greene, Cananea, 8 de junio, 1906, en AHMC, doc. 1906, 0044. Alan Knight interpreta incorrectamente este documento como prueba de la escasa asiduidad mexicana frente al trabajo. Aunque ello pudiera ser cierto, en este caso se trataba de un recorte impuesto por la compañía. Véase, del mismo autor, *The Mexican Revolution*, op. cit., vol. 1, p. 141 y nota 452.

¹⁶ Esteban Baca, *Juicio sobre la Guerra del Yaqui...*, op. cit., p. 47.

¹⁷ W. Dirk Ratt, *Los revoltosos...*, op. cit., p. 80, y Salvador Hernández, *El magonismo: historia de una...*, op. cit., p. 34.

encontramos en abril de 1906 con nuevos problemas, ahora con un tal R. C. Clancy, dueño de un campo minero en El Basátegui. Gutiérrez de Lara era copropietario de un fundo llamado El Picacho Gold Mines, y necesitaba transportar a través de los terrenos de Clancy algunas provisiones para su mina, a lo que aquél simplemente se opuso. Poco ayudó a resolver la situación un arranque de furia de Gutiérrez, quien llamó “arriero de burros” al estadounidense.¹⁸

Francisco M. Ibarra, otro de los principales activistas, tenía 36 años, había trabajado como minero en la Negociación Minera de Guadalupe de los Reyes, en Sinaloa, pero después, como habían hecho otros mineros más o menos prósperos, estableció una tienda de abarrotes en el campo minero de Buenavista en 1904.¹⁹

La labor de estos agitadores ganó un gran impulso con la incorporación de Manuel M. Diéguez y Esteban Baca Calderón, quienes sí trabajaban en la compañía. El primero era un jalisciense de 32 años, privilegiado, pues recibía siete pesos como ayudante del rayador de la mina Oversight, mientras que el segundo, de 30 años, era un carrero que ganaba tres pesos diarios, aunque “no era un trabajador de turno, por lo que no se empeñaba en trabajar con regularidad”. Baca había sido ayudante en la escuela superior de Tepic, “bastante ilustrado e inteligente”, de modo que según la compañía había tomado el trabajo de minero sólo para “relacionarse con el pueblo y sublevarlos”. Sin embargo, esta afirmación fue hecha *a posteriori* y no sabemos si también los altos salarios de Cananea lo habían movido a abandonar Tepic.²⁰

Diéguez, Ibarra y Calderón sí tenían ascendiente entre los obreros, de modo que el 16 de enero de 1906, en casa de Cosme Aldana, pudieron fundar la Unión Liberal Humanidad con no más de quince miembros. En breve se afiliaron al PLM y tuvieron listas sus bases de acción. Éstas daban a la organización un carácter conspirativo, planteaban mecanismos democráticos de dirección a la vez que reclamaban la obediencia hacia el presidente (Diéguez), y planteaban una labor educativa y propagandística centrada en el programa del PLM y en la Constitución. De los preceptos “sublimes” de la última, darían preferencia a los relativos a la soberanía popular y a la libre asociación.²¹

¹⁸ Juan L. Sariego, *Enclaves y minerales...*, *op. cit.*, p. 133, y Ramón E. Ruiz, *The people of Sonora...*, *op. cit.*, p. 77.

¹⁹ E. Baca Calderón, *Juicio sobre la Guerra...*, *op. cit.*, p. 21, y M. González Ramírez, *La huelga de Cananea*, *op. cit.*, p. 82.

²⁰ E. Baca Calderón, *op. cit.*, pp. 13 y 21; M. González Ramírez, *op. cit.*, pp. 81-82; y Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada. Sonora y la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1977, p. 118.

²¹ E. Baca Calderón, *op. cit.*, pp. 27-33, y M. González Ramírez, *op. cit.*, pp. 3-4.

En los siguientes meses sus actividades transcurrieron en las reuniones semanales, así como en la correspondencia con el grupo de San Luis Misuri y otros liberales del país. También organizaron una fiesta patriótica el 5 de mayo, en la que aparecieron públicamente como Junta Patriótica y tuvieron oportunidad de dirigirse a un público que probablemente no alcanzó a seguir los discursos completos, pues un viento huracanado derribó la carpa construida para la ocasión y evitó que los demás actos alcanzaran la brillantez deseada por los organizadores. De cualquier modo, muchos obreros colocaron banderitas en sus casas y asistieron al evento, en el que los discursos giraron alrededor de cuatro temas. El primero, la historia de la humanidad y de México, para ilustrar que “el hombre fue y aún es esclavo del hombre”, aunque nadie tenía derecho sobre los demás: “son iguales, son hermanos”. El segundo, la situación de los obreros, quienes habían venido a Cananea de lejanas regiones, habían abandonado padres, hermanos y quizás hijos, en busca de la libertad y de un “refugio contra la miseria”, o “contra el despotismo de los poderosos, los ricos y los gobernantes”. El tercero fue el del patriotismo, pues “el nombre de mexicano es título de honor y de gloria”, que debía hacer a un lado la admiración por las fortunas de origen misterioso, la metalización y la pérdida de nobles ideales. Por tanto, si la situación era mala el pueblo unido podía remediarla. “Querer, eso es todo. Los pueblos que se duermen en la timidez, despiertan en la conquista”; los líderes se encontrarían con buscarlos. Finalmente, la prédica anticapitalista, muy coloreada de nacionalismo: “Enseñadle al capitalista que no sois bestias de carga; a ese capitalista que en todo y para todo os ha postergado con su legión de hombres blondos y de ojos azules”. La vergüenza y la dignidad obligaban a dar ejemplo a sus hijos de una conducta de “hombres libres”, así como a mostrar a los funcionarios que “el derecho de gobernar reside única y esencialmente en vosotros, y que sólo del pueblo pueden dimanar sus leyes”. En síntesis, la tarea urgente era unirse y organizarse, pues así la “multitud de seres, débiles por su aislamiento”, formarían un cuerpo compacto, la “más poderosa fuerza”.²²

Véase François-Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, México, FCE, 1988, tomo II, pp. 49-54, para una evaluación del liberalismo del programa magonista de 1906.

²² Las frases fueron entresacadas del discurso de Baca Calderón. Por el tono de la nota en que Bermúdez reseñaba el acto, parece haber recogido consignas elaboradas previamente. Es decir, se trazaba una línea que ponía en primer plano la labor organizativa. E. Baca Calderón, *op. cit.*, pp. 36-40; M. González Ramírez, *op. cit.*, pp. 14-15; y W. Dirk Ratt, *Los revoltosos...*, *op. cit.*, p. 82.

A raíz de esta jornada los nexos con el grupo de Gutiérrez de Lara y Bermúdez se estrecharon y condujeron a la creación de otra organización, ahora ubicada en los barrios mexicanos propiamente de la ciudad, el Ronquillo y la Mesa Grande, que no se limitaría a trabajar entre los obreros: el Club Liberal de Cananea.

El discurso del 5 de mayo y otros documentos de ambos grupos, así como sus antecedentes, son claves para entender el curso de la huelga. Hasta ahora, los defensores de la interpretación ortodoxa han buscado en vano testimonios para argumentar que la huelga fue preparada y dirigida por los magonistas o por activistas de la WFM. De hecho, ésta sostenía contar con 1 500 miembros en Cananea hacia 1906, lo que a todas luces parece exagerado. En ello coinciden con el manejo que *posteriormente* hicieron Greene y el gobierno federal acerca de los acontecimientos. El primero acusó a la WFM de incitar a los mexicanos y de apoyarlos monetariamente. Además, luego de los disturbios, el gobierno local llevó a cabo una política de limpieza en la que casi un centenar de activistas fueron encarcelados y muchos otros deportados hacia Nuevo México y el sur de California.²³ Por su parte, Corral y Díaz no sólo se preocuparon por enviar a los líderes liberales a San Juan de Ulúa, sino que iniciaron una persecución de todos los magonistas implicados.²⁴

En realidad, los testimonios de Baca Calderón, Diéguez y Plácido Ríos, parecen concluyentes: la huelga simplemente los tomó por sorpresa. Baca y Diéguez fueron llamados para encabezar la protesta, y el segundo no ocultó su contrariedad por la intempestiva resolución de los 400 mineros de la Oversight, pues consideraba que “sin una organización general y sin una fuerte suma de dinero para satisfacer las necesidades de los trabajadores durante la suspensión de labores en la mina, la huelga estaba condenada al fracaso”. Ríos, que pertenecía al grupo de Gutiérrez de Lara, recordaba que el mes anterior a la huelga se había debatido el problema de los salarios, sin que se le hubiera asignado ninguna comisión especial, así como su sorpresa el 1 de junio ante el anuncio de “que en la Oversight estaban declarados en huelga los carreros de las minas”.²⁵

²³ W. C. Greene a Col. Myron M. Parker, Cananea, 11 de junio, 1906, en AHMC, doc. 1906, 0050. C. L. Sonnichsen, *Colonel Greene...*, *op. cit.*, p. 186. Sin embargo, las afirmaciones de la WFM parecían más bien tener un significado propagandístico, pues durante los días de la huelga realizaba un congreso en Denver, Colorado, y en sus resolutivos no mencionaba tener alguna participación en el conflicto. Simplemente deploraba la pérdida de vidas y propiedades en Cananea, aunque saludaba la lucha de clase de los mexicanos, a quienes urgía a continuarla. Véase Herbert O. Brayer, “The Cananea Incident”, *op. cit.*, p. 414.

²⁴ M. González Ramírez, *op. cit.*, p. 74, y W. D. Ratt, *op. cit.*, pp. 93 y ss.

²⁵ E. Baca Calderón, *op. cit.*, p. 48, y testimonio de Ríos, en M. González Ramírez, *op. cit.*, pp. 137-138. A pesar de ello, Salvador Hernández, en *El magonismo...*, *op. cit.*,

Lo que parece cierto es que la situación de desempleo encubierto en el mineral había agudizado las tensiones y probablemente los asaltos y robos violentos, a tal grado que la policía intensificó su vigilancia en la ciudad. No se trataba de la ley marcial, como asegura Hernández, sino simplemente que en algunos lugares poco iluminados, como el Distrito Norte, por las vías del ferrocarril que subía del Ronquillo a la Mesa, no se permitía la circulación después de la medianoche. Una de las víctimas de tal disposición fue el cónsul suplente de los Estados Unidos, E. Berthold, quien salió de su trabajo el 28 de abril a las 11 de la noche y se dirigió a un *saloon* de moda al pie de la colina. De ahí se retiró a las 2:30 de la madrugada, para enfilarse rumbo a su casa, situada en la Mesa, como la de todos los estadounidenses. Súbitamente, sin embargo, fue atacado por una diarrea, y entonces tuvo que buscar la oscuridad justo junto a las vías del ferrocarril. Para su desgracia, no sabía hablar español, así que fue encarcelado hasta que un funcionario de la compañía lo rescató al día siguiente y aclaró el malentendido.²⁶ Días después, un policía asesinó a un estadounidense que regenteaba un *saloon*, aparentemente sin motivo, pero es difícil establecer que fuera algún acontecimiento anormal, y a partir de ambos incidentes, suponer que reinaba la ley marcial. Por lo demás, habría sido difícil establecerla con los 25 policías regulares del municipio. De hecho, mayo terminaba en aparente calma, con un lleno de varios miles de personas que presenciaron el mejor juego de béisbol en años en Bisbee, donde el equipo de Cananea derrotó a los locales cinco carreras a cuatro.²⁷

Esto no quiere decir que deba descartarse la existencia de una relación entre el activismo y el estallido de la huelga. Es seguro que la labor tanto de los miembros de la WFM como de los liberales había creado algunos grupos de obreros politizados, especialmente sensibles a nuevas disposiciones racionalizadoras de la empresa, aunque a la vez sea difícil suponer que compartían el proyecto estratégico de los magonistas. Tal como quedó claro en los años sucesivos, éstos estaban organizando una rebelión, no un conjunto de huelgas.²⁸ Baca Calderón, de hecho,

pp. 38-40, insiste en que la huelga fue preparada por el grupo de Gutiérrez de Lara-Bermúdez, aunque sobre testimonios poco confiables. Véase también Manuel J. Aguirre, *Cananea. Garras del imperialismo...*, *op. cit.*, pp. 76-86, donde discute ampliamente el punto.

²⁶ C. L. Montague a A. S. Dwight, Cananea, 29 de abril, 1906, en *AHMC*, doc. 1906. 0101.

²⁷ H. O. Brayer, *op. cit.*, pp. 389-391, y D. M. Pletcher, *op. cit.*, p. 239.

²⁸ Javier Torres Parés, *La revolución sin frontera*, México, UNAM, 1990, pp. 47-54, donde se revisa el caso del magonismo en Chihuahua.

reconocía esto claramente: “Tampoco era misión de estos grupos organizar una huelga, les faltaba personalidad para enfrentarse a la compañía, no tenían existencia legal, eran grupos revolucionarios que perseguían finalidades de carácter general”.²⁹ De ahí que en el curso de la huelga pudo advertirse que más allá de las diferencias que encontró Hernández entre moderados y radicales, en su conjunto los magonistas trataron de moverse en una dirección diferente a la de la masa obrera. Fueron llamados para encabezar el comité negociador de catorce obreros porque era conocida su capacidad de exposición y debate, y porque gozaban de la confianza de los operarios de la Oversight, pero los acontecimientos los rebasaron. Así como no prepararon la huelga, no pudieron tampoco dirigirla. Cuando quedó claro que la empresa no iba a ceder a sus demandas, “Diéguez y Baca Calderón se desligaron del movimiento huelguístico y se retiraron a sus casas”.³⁰

Por lo demás, la de Cananea no fue la única huelga que hubo en Sonora por esas fechas. En la estación de Empalme, cerca de Guaymas, estalló menos de un mes antes otra contra el Ferrocarril Sud-Pacífico, pues los operarios no habían aceptado una rebaja salarial de 1.75 a 1.50 pesos. El jefe de la policía de Guaymas tuvo que presentarse ahí para restablecer el orden ante la ineptitud del comisario local, contra quien había muchas quejas, pues “nada hizo por conservar el orden [...] encontrándose durante los acontecimientos en estado de ebriedad”.³¹

Durante el episodio de Empalme fue patente el ánimo antiextranjero de los huelguistas, quienes amenazaron con quemar un almacén de zacate de la compañía, pero al final la cosa no pasó a mayores. Los que aceptaron la rebaja volvieron a sus labores, mientras que unos pocos inconformes se retiraron del lugar.

Este episodio tan cercano ilustra que los ferrocarrileros de Sonora compartían los ánimos levantiscos de los mineros, pero también nos dice que se trataba de protestas aisladas, no coordinadas, pues ni en

²⁹ E. Baca Calderón, *op. cit.*, p. 66.

³⁰ Salvador Hernández, *El magonismo...*, *op. cit.*, p. 45. Este autor trata severamente a los miembros de la Unión Liberal Humanidad, pero tal vez no sea muy justo. Al menos sabemos que Baca Calderón todavía el 2 de junio estuvo bastante activo tratando de evitar la inminente desmovilización. Véase el informe preparado por la cccc sobre “individuos que andan en las minas scandalizando y procurando nuevos disturbios”, en González Ramírez, *op. cit.*, p. 45. Por lo demás, parece sensato suponer que cuando ello finalmente ocurrió, y las acciones de resistencia pasaron a ser desarrolladas por grupos aislados, los liberales poco tenían que hacer y entonces se desligaron.

³¹ Prefecto de Guaymas a secretario de Estado de Sonora, Guaymas, 2 de junio, 1906, en AGES, 1906, 2184.

los testimonios ni en las reconstrucciones se menciona alguna conexión entre ambos eventos.

Los acontecimientos de la huelga de Cananea han sido reseñados muchas veces, pero tal vez no se ha hecho hincapié en algunos detalles que nos permitan interpretarla correctamente. Por ello vale la pena narrarla una vez más.

La víspera estuvo llena de preparativos de los actores, aunque una visión desapasionada nos diría que la empresa y el gobierno lo hicieron con mayor cuidado. Todo lo que sabemos de los huelguistas es que habían alistado unas pocas banderas tricolores y blancas. En una de las primeras, la más grande, podía leerse la leyenda “\$5.00 ocho horas”, donde se resumía el carácter económico del conflicto. En cambio, el presidente municipal tenía informes de las reuniones de los clubes y pudo poner bajo vigilancia a Gutiérrez de Lara y a Bermúdez desde el día 29 de mayo. Aun así, a las cinco de la mañana del 1 de junio lo despertó una llamada del comisario del Ronquillo, Pablo Rubio, quien le avisaba del estallido de la huelga.³²

Por su parte, Greene, atento a las noticias que recibió la noche del 31 de mayo sobre reuniones de “clubes socialistas” y a la amenaza de que los problemas empezarán al siguiente día, canceló una de sus expediciones a la Sierra Madre y se puso a preparar una respuesta en su estilo del viejo oeste, decidida y hasta frenéticamente. Después de reunirse con los directivos de la compañía, tomó un tren y salió de Cananea a las 10 de la noche. Con él iba Ignacio Macmanus, entonces regidor en el Ayuntamiento y cajero del Banco de Cananea, a quien un tren especial llevaría a Hermosillo con la misión de exponer el asunto al gobernador Izábal y solicitarle el envío de tropas. También pararía en Magdalena para requerir a los coroneles Fenocho y Kosterlitzky el auxilio de los rurales y la gendarmería fiscal. Greene se quedó en Bisbee, platicó con el magnate del cobre Walter Douglas y compró 98 rifles, 5 000 cartuchos y 20 pistolas en la tienda de Brophy. Además, encargó otros 100 rifles a la ciudad de Douglas. De regreso, pasó por Naco sin tomarse la molestia de declarar sus compras en la aduana (“el papeleo y las pequeñas complicaciones en ese puesto podrían arreglarse después”), llegó a Cananea a las cuatro de la madrugada, sacó sus autos y distribuyó las armas a sus hombres de mayor confianza por medio del gerente

³² Testimonio de Filiberto Barroso, presidente municipal, ante el juez segundo de Primera Instancia, Cananea, 1 de junio, 1906, en M. González Ramírez, *op. cit.*, pp. 31-33. Según León Díaz (*Cananea...*, *op. cit.*) las banderas no eran blancas, sino rojas, pero su libro pionero tal vez sea uno de los menos objetivos. Cf. Manuel J. Aguirre, *op. cit.*, p. 120.

Dwight y de Metcalf, el encargado de la maderería. Además, ya en la noche del jueves se colocaron guardias en algunas propiedades de la empresa. Todas estas medidas, según el gerente, habrían orillado a los conspiradores a abandonar la idea de abrir la huelga con demostraciones de violencia.³³

Todo indica que este ajetreo no fue conocido por los operarios del turno de noche de la Oversight, a quienes se había anunciado al comienzo de la jornada (las 23 horas) que a partir del día siguiente las obras de extracción se trabajarían a “contrato”, lo cual incidiría en el empleo e intensidad del trabajo de barreteros, rezagadores, ademadores y carreros. Seguramente en el curso de las labores tomaron el acuerdo de llegar a la huelga, y a las cinco de la mañana la estallaron. Los más de 400 operarios se plantaron frente a las oficinas de la mina mientras gritaban “¡Cinco pesos y ocho horas de trabajo! ¡Viva México!”. Ahí esperaron al pueblo que entraba a las siete de la mañana, para incorporarlo al movimiento, en tanto enviaban a Álvaro Diéguez por su hermano Manuel y por Esteban Baca Calderón para pedirles que encabezaran la protesta.³⁴

A esa hora comenzaron los telefonazos. El comisario del Ronquillo, Pablo Rubio, despertó al presidente municipal Filiberto Barroso a las cinco de la mañana, y poco después llegaban juntos al lugar acompañados del juez auxiliar Arturo Carrillo. Ahí escucharon sus quejas, pero encontraron difícil determinar “quiénes encabezaban la reunión”; ante la imposibilidad de “aprehender a todos”, los conminaron a elegir representantes para exponer sus quejas, así como a no ejercer actos de violencia. En ese momento se nombró la comisión, que fue citada a las diez de la mañana en la comisaría. Antes de partir hacia ese punto, tomó la palabra Baca Calderón para exhortar a sus compañeros a preservar el orden público “a fin de impedir que elementos malsanos, mal intencionados, cometieran actos de violencia contra las personas, contra la propiedad, dando pretexto a las autoridades para disolver la huelga”.³⁵

³³ W. C. Greene a Col. Myron M. Parker, Cananea, 11 de junio, 1906, en *AHMC*, doc. 1906, 0050, pp. 1-3; testimonio de A. S. Dwight, Cananea, 8 de junio, 1906, en *HSA*, box 4, folder 80, p. 2; y Dwight a E. J. Gates, Cananea, 14 de junio, 1906, en *AHMC*, doc. 1906, 0122. En una carta de Dwight a Emilio Kosterlitzky, fechada el 29 de mayo, ya le comentaba de rumores sobre la preparación de una huelga “con el fin de asegurar igual salario al que tienen los norteamericanos”, pero sólo preliminar a “un objeto político”. Le prometía tenerlo al tanto y en caso de desarrollarse “algo serio”, llamarlo por telégrafo “pues a no dudar su presencia tendrá un efecto calmante”. Citado en Salvador Hernández, *op. cit.*, pp. 40-41 y José L. Trueba Lara, *Cananea: 1906*, *op. cit.*, p. 37.

³⁴ E. Baca Calderón, *op. cit.*, p. 48.

³⁵ Testimonio de Barroso, en M. González Ramírez, *op. cit.*, p. 33 y E. Baca Calderón, *op. cit.*, pp. 48-49.

Mientras el mismo Baca Calderón pergeñaba apresuradamente un pliego petitorio, el grupo de huelguistas marchó a la ciudad y a su paso invitaba a los demás trabajadores a unirse al paro. De hecho, el testimonio de Plácido Ríos indica que algunos, incluso liberales, estaban reticentes a sumarse, pero que la fuerza del creciente número los “convenció”. En la concentradora nueva, por ejemplo, “algunos que no sabían nada se nos echaban encima. Pero como éramos más acabamos por llevarlos con nosotros”. Esta bola de nieve terminó por ser una multitud de unos 1 200 trabajadores que se apostó frente a la comisaría en espera de noticias. El ambiente hasta ese momento seguramente era de fiesta; los trabajadores comentaban los sucesos, discutían, y se congregaban. De hecho, es casi seguro que las cantinas fueran muy visitadas, pues fue a las 2:30 de la tarde cuando el presidente municipal, en vista de la efervescencia popular, mandó cerrarlas.³⁶

La conferencia fue un fracaso. La empresa estuvo representada en esa única reunión por tres funcionarios públicos mexicanos y el representante legal de la compañía, Pedro Robles. El gerente Dwight había tenido una conversación telefónica con Barroso antes de las ocho de la mañana y en ella le había dicho que las peticiones eran absurdas, de tal modo que lo conveniente sería que en la reunión estuvieran Barroso, Pablo Rubio y Robles, quienes podían explicar no sólo la actitud de la compañía, sino también las leyes mexicanas implicadas. Más aún, le demandó al presidente municipal protección para las vidas y propiedades de la compañía. Los delegados, por su parte, plantearon las demandas de cinco pesos de salario mínimo, la jornada de ocho horas en todas las labores, la destitución y el cambio de algunos capataces, así como la posibilidad del ascenso para los operarios mexicanos. Aunque en el primer pliego se pedía un máximo de 25 % de extranjeros en la compañía, no parece haberse insistido mucho en ese punto. La parte patronal, por supuesto, no aceptó ninguna de ellas, y aunque reconoció su derecho a pedir más salario, menos horas de trabajo y otras “concesiones”, les hizo ver que la forma elegida para manifestarse los convertía, de acuerdo con el código penal, en delincuentes. Mientras no regre-

³⁶ Testimonio de Ríos, en M. González Ramírez, *op. cit.*, pp. 137-138; testimonio de Barroso, en *ibid.*, pp. 34-35; y E. Baca Calderón, *op. cit.*, p. 52. La cifra de 1 200 es de Baca Calderón, aunque H. O. Brayer, *op. cit.*, p. 395, maneja 2 000, al igual que C. L. Sonnichsen, *op. cit.*, p. 178. Greene, quien deseaba magnificar los peligros a que se enfrentó, fiel a su estilo, manejó la cifra más alta, 3 000. Puede verse todavía un parecido entre este mecanismo de “leva” y el ambiente festivo con las revueltas “swing” que analizan Eric Hobsbawm y George Rudé, *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*, Madrid, Siglo XXI, 1985, pp. 229-231.

saran al trabajo, no podían tomar siquiera en consideración sus demandas; debían ponerlas por escrito y esperar la resolución de la empresa. Las pláticas no pasaron de ahí.

En tanto, los representantes obreros informaban de estos pobres resultados; otra vez Baca Calderón fungía como amanuense y redactaba el segundo y definitivo pliego, que fue enviado a Greene. En él se quejaban de la falta de estímulo y equidad en el sueldo asignado a los mexicanos, del trabajo dado a contrato (que se traduciría en despidos), y planteaban la necesidad de tener jefes mexicanos. Finalmente, pedían un aumento general de un peso y ocho horas de trabajo en general.³⁷

Aunque Greene recibió este pliego y escribió una respuesta fechada ese mismo día, ésta se entregó a los huelguistas, en el mejor de los casos, hasta el 3 de junio. De cualquier modo, el hecho es que ahí terminaron las conversaciones. Alrededor de las 11:30 de la mañana salió Greene a encarar a la multitud, aparentemente desarmado. Les hizo un discurso largo, como de 15 a 20 minutos, donde seguramente resumió esa respuesta. Él mismo había sido un minero como ellos y en sus minas se pagaban los salarios más altos del país. El trabajo a contrato no podía perjudicarlos, pues normalmente había escasez de obreros competentes; además, no podía impedirse, en justicia, que la compañía diera a contrato determinados trabajos. También explicó que las minas contenían metales de baja ley, que requerían su extracción y procesamiento en gran escala, por lo que en el futuro se ocuparía gran número de operarios. Era imposible aumentar los salarios en las condiciones actuales, pues el resultado “natural” sería el cierre de la empresa, mientras que la jornada laboral dependía de la naturaleza del trabajo, no podía ser homogénea. En cuanto a la designación de jefes, defendió el punto como una prerrogativa irrenunciable de “todas aquellas personas quienes, por medio de una gran inversión de capital y por el trabajo de muchos años, llegan a desarrollar una empresa manufacturera que ocupa tantos operarios como la de Cananea”. En fin, también hizo un recuento de todo lo que la compañía había proporcionado en materia de habitación, servicios, caminos, bienes de consumo y seguridad.³⁸

Es difícil saber si este discurso tuvo una buena acogida; Greene recordaba algunos vivas para su persona y que la multitud comenzó a dispersarse, pero como en toda su versión, parece exagerado. Tal vez

³⁷ E. Baca Calderón, *op. cit.*, pp. 52-55; testimonio de Barroso, en M. González Ramírez, *op. cit.*, p. 34; y testimonio de A. S. Dwight, *op. cit.*, p. 3; C. L. Sonnichsen, *op. cit.*, p. 178.

³⁸ El discurso de Greene en M. González Ramírez, *op. cit.*, pp. 21-25; Greene a Parker, 11 de junio, 1906, ya citado, p. 3; y C. L. Sonnichsen, *op. cit.*, p. 180.

algunos hayan dudado del curso de los acontecimientos, pero los activistas, al conocer el fracaso de las pláticas y las amenazas de ser tratados como delincuentes, se esforzaron por reagrupar a la masa y convencerla de la necesidad de lograr el paro general.

En las dos horas siguientes ocurrió una radicalización del conflicto. Los activistas trataban de conseguir el consenso necesario para convertir al movimiento en una huelga general, las cantinas se volvían lugares de discusión acalorada, y circulaba en las calles un pasquín que demandaba un gobierno electo por el pueblo, tachaba al actual de corrupto y ambicioso, y reclamaba la igualdad entre mexicanos y extranjeros. Su tono, ciertamente, era violento: "Execración sin igual, que un mexicano valga menos que un yankee, que un negro o un chino, en el mismo suelo mexicano. Esto se debe al pésimo gobierno que da las ventajas a los aventureros con menoscabo de los verdaderos dueños de esta desafortunada tierra".³⁹

Dentro de la historiografía revolucionaria se ha insistido en que este libelo no fue producido por ninguna de las dos organizaciones liberales, e incluso alguno ha acusado a Greene de ser el autor de esa hoja, que habría servido para justificar el baño de sangre que siguió. Sin embargo, el volante no se menciona en ninguno de los reportes de los directivos de la compañía que, fuera de alguna exageración, relatan con todo detalle sus actos de esos días, y Barroso afirma que las proclamas ya estaban circulando el día 31. En fin, no hay prueba para confirmar esa hipótesis, y tal vez debería considerarse que sí pudo haber sido obra aislada de algunos activistas radicales al calor de los acontecimientos.

El hecho es que aproximadamente a las 14 horas la multitud estaba de nuevo reunida con el propósito de visitar todas las dependencias de la compañía y asegurarse de que los trabajos se suspendieran. Mediante esta nueva marcha lograron parar la concentradora, la mina Veta Grande y la fundición, para dirigirse después a la maderería. Mientras tanto, Greene y Kirk, armados, salieron a poner guardias en todos esos puntos con el fin de evitar incendios u otros daños, y se toparon con la multitud. Greene trató de detenerlos y hablar con ellos, pero ya no lo escucharon.⁴⁰

Mientras los directivos protegían los puntos clave, y lograban la anuencia del jefe de Policía para que los empleados estadounidenses armados fueran considerados como delegados de policía incluso en "los más extremos casos de vida y muerte", la columna se había engrosado y llegó como a las 15 horas a la maderería. Curiosamente todos los testimonios no mencionan la presencia de Diéguez ni de Baca Calderón, y Ríos recordaba

³⁹ C. L. Sonnichsen, *op. cit.*, p. 182, y M. González Ramírez, *op. cit.*, pp. 19-20.

⁴⁰ E. Baca Calderón, *op. cit.*, pp. 73-74, y Greene a Parker, 11 de junio, 1906, ya citado, pp. 3-4.

haberse retirado a su casa. El único que iba “en primera fila” parece haber sido Gutiérrez de Lara. Ahí, los hermanos Metcalf, avisados telefónicamente, se dispusieron a evitar que sus empleados se sumaran a los paristas, cerraron las puertas y dirigieron la manguera contra incendios hacia la multitud. El baño de agua sobre sus ropas domingueras prendió más los ánimos y una andanada de piedras y palos cayó sobre las puertas. Un beligerante George Metcalf, conocido por su impaciencia y arbitrariedad, salió armado con un fusil y advirtió que si alguien intentaba pasar le dispararía. De pronto sonó un disparo, un huelguista cayó y la multitud se abalanzó contra el gerente Metcalf, quien fue asesinado con candeleros de minero. Su hermano Will y tal vez otros dos empleados dispararon en su ayuda, pero pronto fueron también muertos. El líder obrero, del que no sabemos su nombre, se quedó con el fusil de Metcalf, y algún huelguista, al descubrir a un estadounidense vendedor de alfalfa que casualmente había estado en la maderería, quiso aprovechar para quedarse con su reloj de oro. El líder, sin embargo, lo obligó a regresarlo y lo reprendió: “no somos ladrones, sólo queremos nuestros derechos”, le dijo. Al final se prendió fuego al local, en donde se encontraron otros dos cuerpos calcinados. Por los huelguistas, tres habían muerto.⁴¹

La excitación posterior a este acto debe haber sido notable. Los huelguistas dejaron a los Metcalf sobre el terreno, cargaron a sus muertos y bajaron hacia la plaza, la tienda y el banco. Mientras, Greene y Dwight proseguían con sus esfuerzos por resguardar sus posesiones. El primero se había pasado los últimos minutos en el tren a toda marcha y con dos automóviles corriendo a gran velocidad por en medio de las apretadas filas de huelguistas, quienes tenían que correr en todas direcciones para salvarse de ser atropellados.⁴² Ambos, después del episodio de la maderería, encabezaban sendos grupos de estadounidenses armados y a pie, cuando en la esquina de Sonora se toparon con el grueso de la marcha, tan abigarrada que no podían pasar. Greene instruyó —según su propia versión— a sus muchachos para no disparar sino cuando fuese absolutamente necesario y, en ese caso, a los líderes. Algunos

⁴¹ C. L. Sonnichsen, *op. cit.*, pp. 182-183; H. O. Brayer, *op. cit.*, pp. 396-397; *Arizona Silver Belt*, 14 de junio, 1906, en HSA, box 5, fóldeo 92; testimonio de A. S. Dwight, ya citado, p. 4; E. Baca Calderón, *op. cit.*, pp. 75-76; M. J. Aguirre, *op. cit.*, pp. 120-121; y Cornelius E. Smith, *Emilio Kosterlitzky, Eagle of Sonora and the South West Border*, Glendale, Calif., Arthur H. Clark Co., 1971, pp. 131-132.

⁴² Más tarde Greene contaba el episodio haciendo gala de su papel de “civilizador” enfrentado a un montón de bárbaros. “Presumo —decía— que una buena parte que nunca antes había visto un automóvil, sintió en mucho lo que Moctezuma cuando Cortéz (*sic*) y sus hombres llegaron a ellos en caballos”. W. C. Greene a Winthrop E. Scarrit, Cananea, 12 de junio, 1906, en AHMC, doc. 1906, 0082.

huelguistas, intimidados por la formación abierta, dieron vuelta, pero muchos no. Dwight los encaró con su pistola y se engarzó en un forcejeo con uno de los que resistían, cuando su pistola cayó. En ese momento un hombre alto con camisa negra corrió hacia él y a poco más de dos metros le disparó a la cabeza con un revólver. Para fortuna del gerente, el disparo sólo le causó un rasguño, pero Greene, quien seguía las acciones, disparó y comenzó una balacera de unos diez segundos en los que se hicieron unos 40 tiros por ambos lados. El resultado fue favorable, como era lógico, a los mejor armados y seis huelguistas quedaron sin vida sobre el terreno. La multitud se dispersó en todas direcciones, aunque la mayor parte se dirigió hacia la presidencia municipal a pedir armas, sólo para que varios fueran apresados ahí. Otros se dirigieron al Ronquillo, donde se encontraban las casas de empeño.⁴³

Por las calles se daban algunos pequeños enfrentamientos que no dejaron muertos, como el que recuerda Ríos en el camino de su casa al Ronquillo. Y ya desde ese momento un grupo de estadounidenses borrachos, quienes se veían a sí mismos como unos vaqueros, parapetados en los altos del hotel "Los Ángeles", se habían convertido en francotiradores que disparaban contra lo que se moviera. Tal era su excitación que los mismos empleados de la compañía, armados, tuvieron que capturarlos y desarmarlos uno a uno.⁴⁴

En la botica Juárez se reagrupaba un nutrido grupo, al que Ríos incitó a asaltar los montepíos. En uno de ellos, el dueño, un francés de nombre Juan Pons, cerró y trató de impedir la entrada pero la muchedumbre forzó una ventana, abrió las puertas y pasó literalmente sobre él y Ríos que discutían. En la disputa por las pocas armas, a Ríos le tocó una "chiquita, una pistola cualquiera", aunque también hubo quienes se llevaron relojes y anillos. En ese momento aparecieron diez policías y diez guardias de la cárcel, quienes trabaron una balacera con los recién armados huelguistas durante varios minutos. En esta acción hubo pocas bajas: un herido entre el pueblo y un caballo de los policías, pero fueron aprehendidos varios revoltosos y se decomisaron tres carabinas, dos pistolas y 35 cartuchos.⁴⁵

A partir de ese momento las reforzadas fuerzas policiacas y la guardia de la cárcel tomaron la ofensiva. Para darles libertad de acción, 30

⁴³ Testimonio de A. S. Dwight, ya citado, pp. 4-6; Greene a Parker, 11 de junio, 1906, ya citado, pp. 4-5; C. L. Sonnichsen, *op. cit.*, pp. 190-192; y D. M. Pletcher, *op. cit.*, p. 242.

⁴⁴ C. L. Sonnichsen, *op. cit.*, pp. 192-193; y Eugenia Meyer, *La lucha obrera en...*, *op. cit.*, p. 70.

⁴⁵ Para este episodio del asalto a los empeños contamos con las versiones de Ríos, en M. González Ramírez, *op. cit.*, pp. 139-140; con el parte del alcaide de la cárcel,

de los empleados estadounidenses armados fueron a custodiar la cárcel, donde aumentaba a cada hora el número de detenidos. En total, las fuerzas del gobierno difícilmente deben haber superado los 100 elementos, pero a diferencia de los huelguistas, estaban bien armados. De hecho, en las refriegas que siguieron ninguno de ellos fue muerto, y sí varios de los huelguistas. Además, otros grupos de estadounidenses a bordo de los automóviles de Greene o parapetados en el hotel Meza, contribuían a aumentar la confusión en las acciones. Poco a poco la nutrida balacera fue disminuyendo y la multitud comenzó a retirarse a los campos mineros ubicados más bien en la falda de los cerros. Por la noche la situación parecía controlada: las principales dependencias de la empresa estaban resguardadas por los empleados de la compañía, la policía reforzada patrullaba los barrios más populosos, disolvía las reuniones y tomaba nuevos rehenes entre los pobremente armados huelguistas. Greene, por su parte, esperando ya el arribo de algunos rurales procedentes de Ímuris, envió cerca de la medianoche un tren con destino a Puertecitos, pero en Buena Vista los mexicanos lo descarrilaron y sostuvieron una balacera durante media hora contra los cuatro estadounidenses enviados, quienes regresaron sorpresivamente ilesos.⁴⁶

Esa noche, mientras en los barrios mexicanos se velaba a los muertos, los alarmados estadounidenses enviaron a sus mujeres e hijos a Bisbee en un tren especial. Llegaron alrededor de las 23 horas y sus versiones un tanto histéricas de lo ocurrido en el día, inflamaron todavía más los ánimos de la multitud ahí reunida. Ésta llevaba varias horas en la plaza, muchos parecían borrachos de la excitación, y otros más lo estaban literalmente, pues habían colmado los *saloons* para calmar sus nervios, a tal grado que a las siete de la noche un edicto ordenó su cierre y suspendió la venta de licor. Además, Walter Douglas, gerente de la Copper Queen Company, había puesto en contacto a Tom Rynning, jefe de los *rangers* de Arizona con Greene, mientras el *marshall* Biddy Doyle reclutaba rápidamente a más de 250 hombres dispuestos a marchar sobre Cananea. En tanto, los voluntarios se armaban y esperaban un tren para encontrarse en Naco con el gobernador de Sonora, Rafael Izábal; un grupo de quince, encabezado por el impaciente Edward Buchner, director físico de la Young Men Christian Association (YMCA) local, tomó sus caballos y marchó a la frontera. Ahí varios funcionarios mexicanos estaban pen-

Francisco Ortiz, en *ibid.*, p. 36; y Juan Pons a encargado de Negocios de Francia, La Cananea, 16 de julio, 1906, en *AGES*, 1906, 2139.

⁴⁶ Greene a Parker, 11 de junio, 1906, doc. cit., p. 6; testimonio de A. S. Dwight, *op. cit.*, p. 7; F. Barroso a juez segundo de Primera Instancia, 1 y 2 de junio, en M. González Ramírez, *op. cit.*, pp. 37 y 42-43; y C. L. Sonnichsen, *op. cit.*, p. 193.

dientes en la garita de entrada, puesto que algunos estadounidenses ya habían insistido en pasar armas y municiones con destino a Cananea. El grupo de Buchner, reforzado con otras diez de esas personas, quiso forzar el paso y emprendió un combate con los celadores de la aduana, quienes lograron rechazarlos. El resultado fue un herido en cada bando.⁴⁷

Rynning y sus voluntarios llegaron a Naco a la 1 de la madrugada del 2 de junio y esperaron el arribo de Izábal. Entre tanto, las máximas autoridades de ambos países habían tomado nota de los acontecimientos y entraban en acción. El cónsul estadounidense presionaba al secretario de Estado Elihu Root para que ordenara la movilización de tropas de Fort Huachuca; Greene urgía con insistencia a Rynning que avanzara a Naco sin esperar a Izábal, y Rynning a su vez solicitaba una apresurada baja como oficial estadounidense al gobernador de Arizona, Joseph Kibbey. Afortunadamente, según comenta Sonnichsen, las cabezas en Washington estaban más frías que en Cananea, de tal modo que no ordenaron movimientos irresponsables. Soldados de Fort Huachuca llegaron a Naco, pero nunca recibieron orden de cruzar y Kibbey, por su parte, explicó a Rynning claramente que “nuestra autoridad tiene sus límites en la frontera. Cualquiera que cruce a Sonora a cuenta de los problemas de Cananea, lo hará bajo su propio serio riesgo y todos los americanos debieran ser advertidos. Tengo total confianza en su buena discreción”.⁴⁸

Del lado mexicano también había decisiones. Izábal telegrafió el mismo día 1 al presidente municipal, Barroso, indicándole que debía aprehender a los responsables del motín; le dio autorización para armar a la “gente que juzgue necesaria a fin de cumplir esta disposición” y, una vez que habló con Macmanus, alistó una fuerza y tomó el mismo tren especial hacia Cananea. Ramón Corral, mientras tanto, había telegrafiado a Izábal en su estilo seco y directo: “Queda usted autorizado para obrar como sea necesario y se le encomienda toda energía”. Poco después, agregaba que bajo ningún pretexto debía permitir el ingreso a territorio mexicano de fuerzas auxiliares estadounidenses, cualquiera que fuese su carácter, pues el gobierno mexicano tenía todos los medios para restablecer el orden.⁴⁹

Contra estas indicaciones, sin embargo, estaba el aislamiento geográfico de Cananea; sólo era posible llegar en tren a través de territorio

⁴⁷ H. O. Brayer, *op. cit.*, pp. 399-400; reporte de A. Cubillas, Naco, 3 de junio, 1906, en M. González Ramírez, *op. cit.*, pp. 29-31; y C. L. Sonnichsen, *op. cit.*, p. 194.

⁴⁸ C. L. Sonnichsen, *op. cit.*, pp. 193-195; la cita textual es de H. O. Brayer, *op. cit.*, pp. 401-402.

⁴⁹ M. González Ramírez, *op. cit.*, pp. 28-29, 39 y 47, y Jesús Luna, *La carrera pública de don Ramón Corral*, México, SEP, 1975, p. 115.

estadounidense. Como las tropas mexicanas no podían cruzar la frontera, los 20 soldados que llevaba Izábal, más los varios cientos al mando de Torres, debían viajar a caballo desde Ímuris o Magdalena. Los rurales al mando de Kosterlitzky, también acantonados en Magdalena, una vez que recibieron la orden de marchar, salieron alrededor de las siete de la noche del viernes, pero necesitaban unas 20 horas para cruzar los 100 km de terreno montañoso que los separaban de Cananea. Podrían estar ahí en la tarde del sábado 2 de junio, no antes. En cambio, Izábal y Torres viajaron por tren y llegaron a Naco, Sonora, hacia las siete de la mañana, donde los esperaba un impaciente Rynning con su banda de vaqueros, mineros, y “los fuera de la ley usualmente dispersos que uno siempre encuentra alrededor de la zona”.⁵⁰

En Naco, Izábal y Torres enfrentaron un problema. Así como Rynning no recibió a tiempo la orden del gobernador para no cruzar la frontera, el telegrama de Corral con el que prohibía aceptar ayuda de extranjeros tampoco alcanzó al gobernador en Naco. Y ambos no tenían ni buena discreción ni la cabeza fría, sobre todo cuando Izábal habló telefónicamente con Greene y éste le informó: “el estado de cosas es horroroso”. Así que cuando Rynning propuso que los voluntarios podían cruzar como ciudadanos individuales movidos por propósitos privados, los funcionarios mexicanos aceptaron el plan. Rynning explicó a sus hombres, de los cuales cinco eran *rangers*, la razón de esta argucia legal, y también que actuarían bajo las órdenes de Izábal. Después, sin formación, como una “manada de ovejas”, pasaron la línea los 275 voluntarios y ofrecieron sus servicios a Izábal, Torres los aceptó en el ejército, nombró capitán a Rynning, explicó que quedaban sujetos a las leyes mexicanas, y rápidamente marcharon a la ciudad del cobre. Ahí los recibió una expectante multitud a media mañana del sábado 2 de junio. Hubo un discurso de bienvenida hecho por Greene, al que impugnaron a gritos Lázaro Gutiérrez de Lara y otros, por lo cual fueron encarcelados.⁵¹

La primera actividad de Izábal y de Torres fue visitar la concentradora y las minas cercanas; después, se hospedaron en el Club Hotel,

⁵⁰ Tom Rynning, citado por Cornelius E. Smith, *Emilio Kosterlitzky...*, *op. cit.*, p. 142; para el viaje de Kosterlitzky, véase *ibid.*, p. 144; y C. L. Sonnichsen, *op. cit.*, p. 194.

⁵¹ H. O. Brayer, *op. cit.*, pp. 403-404; C. L. Sonnichsen, *op. cit.*, pp. 195-196; Cornelius E. Smith, *op. cit.*, pp. 141-142; y W. D. Ratt, *op. cit.*, p. 86. A instancias de Corral, la versión de Izábal señalaba que los miembros de la expedición eran abogados, médicos y empleados de las empresas de Bisbee, no una fuerza militar. “Tomaron el mismo tren —explicó—, a lo cual no hice objeción porque era territorio americano y allí no tenía yo ninguna autoridad, y porque juzgué que estaban en su derecho para entrar al país como simples particulares”. Véase M. González Ramírez, *op. cit.*, pp. 76 y 85-86.

frente a las oficinas principales de la empresa, en el Ronquillo. Ahí el gobernador subió al descapotable de Greene, y ambos hablaron ante más de 2 000 personas después de que los voluntarios marcharon en fila a la concentradora y regresaron posteriormente a la estación, en una demostración de fuerza. Mientras hablaban, la tensión podía cortarse en el aire. Una famosa fotografía muestra a los empleados estadounidenses en los portales de las oficinas con sus rifles, y la multitud cercando materialmente al automóvil. Se escuchaban gritos, silbidos, risas burlescas e interpelaciones. El gobernador habló con el tono del padre que regaña a sus hijos por una mala acción: "Ustedes han hecho cosas que no pueden ser aprobadas por el gobierno. No pueden tener un lugar en este mineral matando y saqueando, mientras yo sea gobernador. Estoy aquí por sus intereses, y les garantizo que todos sus derechos serán respetados, pero primero debe haber ley y orden". Varias veces fue interpelado por obreros que le gritaban sus agravios, y por fin tuvo que sentarse, de pésimo humor. Greene, por su parte, repitió los argumentos del día anterior: "No puedo pagar cinco pesos ahora. La ganancia de las minas no lo permite. He andado por estas colinas un largo tiempo. He gastado millones de dólares en construir aquí el más floreciente campo minero de México. He sido siempre sincero con ustedes y les pido que lo sean conmigo". Ahora, sin embargo, después del viernes sangriento, la respuesta a su discurso fue muy distinta; un obrero resumió el sentir general: "Sí, todo eso es cierto, pero ¿por qué no nos pagan lo mismo que a los americanos?". La tensión subió tanto de tono que los empleados estadounidenses tuvieron que amartillar sus fusiles, lo que desbandó a la multitud y permitió que la policía efectuara nuevos arrestos, sobre todo porque pudo identificar a quienes interpellaron a ambos personajes.⁵²

Sin embargo, la masa no se dispersó del todo. Los ánimos estaban demasiado caldeados para eso; en realidad hubo nuevos tiroteos entre los huelguistas y los empleados estadounidenses y la policía durante las horas siguientes, pero sin que fuera necesario recurrir a los voluntarios, que permanecieron acuartelados en su tren. Como a las dos de la tarde llegaban los 20 rurales que el gobernador había dejado en Ímuris, con el comandante Luis Medina Barrón a la cabeza, y a las cinco de la tarde hacía su arribo Kosterlitzky, el temido jefe de la gendarmería fiscal de Sonora. Su presencia fue decisiva en varios sentidos. Terminaron con los últimos

⁵² H. O. Brayer, *op. cit.*, pp. 405-406; C. L. Sonnichsen, *op. cit.*, p. 198; Cornelius E. Smith, *op. cit.*, p. 143; Greene a Parker, doc. cit., p. 7; L. Díaz Cárdenas, *op. cit.*, pp. 70-71; y E. Baca Calderón, *op. cit.*, pp. 88-89. Las fuentes "revolucionarias" insisten en señalar que Izábal realizó una comparación entre los precios de los prostíbulos de mexicanas y los de estadounidenses para justificar la diferencia salarial, pero las otras no lo confirman.

disturbios, hicieron prescindible la estancia de los voluntarios y comenzó el desarme de los empleados estadounidenses. De hecho, en la conferencia entre Izábal, Torres y Kosterlitzky, decidieron que era necesario dar las gracias al grupo de Rynning y despedirlo. Sin embargo, todo indica que Greene, ayudado por el maquinista del tren, simuló una avería para retrasar su salida hasta las 9 de la noche, cuando estuvo seguro de que la situación había sido controlada.⁵³

En ese sábado todavía algunos esforzados agitadores estuvieron tratando de reagrupar las fuerzas de los huelguistas, pero la presencia de los rurales, la gendarmería fiscal y su evidente inferioridad en el terreno de las armas mermaron sus posibilidades. Algunos grupos llegaron incluso a cometer nuevos saqueos, pero ahora de las tiendas de los chinos Quong Sang Lung y Fong Fo Qui, y la de los hermanos suizos Monnin. De las primeras se llevaron casimires, telas, ropa, alimentos y varias cajas de tequila, whisky, cognac y oporto; y de la última, relojes, cadenas y otras cosas menores. Eran actos en los que se había perdido toda intencionalidad política y sólo sirvieron para aumentar el número de presos en la cárcel.⁵⁴

La noche fue ya más bien tranquila. Al día siguiente hubo nuevos arrestos, llegaron varios cientos de soldados, y los dirigentes estatales y de la empresa hablaban con los obreros para instarlos a retornar a sus labores. De hecho, no es difícil creer que Luis E. Torres amenazara con incorporar al ejército o enviar a Valle Nacional a los obreros que no volvieran al trabajo en dos días. Pocos lo hicieron ese día, pero el lunes ya funcionaron las principales instalaciones. El martes 5 Izábal descubrió las conexiones de los liberales con los magonistas, y fueron aprehendidos sus líderes: Diéguez, Baca Calderón, Ibarra y otros. Muchos más escaparon de la ciudad, no sólo mexicanos, sino activistas estadounidenses de la WFM.⁵⁵ El día 9 Greene pudo informar a *The New York Times* que:

Una calma absoluta reina en Cananea. No se ha hecho o hará ningún cambio en los salarios pagados. El gobierno mexicano ha actuado pronta y

⁵³ Cornelius E. Smith, *op. cit.*, pp. 144-146 y 149; H. O. Brayer, *op. cit.*, pp. 408-409; D. M. Pletcher, *op. cit.*, p. 248; Greene a Parker, doc. cit., pp. 7-8; y testimonio de I. Macmanus, doc. cit., p. 5.

⁵⁴ M. González Ramírez, *op. cit.*, p. 45; Quong Sang y Fong Fo a gobernador del Estado, Cananea, 27 de junio, 1906; y Mariscal a gobernador del Estado, México, 24 de agosto, 1906; ambos en *AGES*, 1906, 2139.

⁵⁵ W. C. Greene a E. J. Gates, 23 de junio, 1906, en *AHMC*, doc. 1906, 0047; W. C. Greene a Enrique C. Creel, 10 de junio, 1906, en *ibid.*, 0047; informe de Rafael Izábal, en M. González Ramírez, *op. cit.*, p. 98; M. J. Aguirre, *op. cit.*, pp. 144-145; S. Hernández, *op. cit.*, pp. 47-48; y H. O. Brayer, *op. cit.*, pp. 413-414.

eficientemente. Ochenta y cuatro de los cabecillas están ahora en la cárcel. Estos arrestos junto con la muerte de los principales líderes de la turba han restaurado la calma. Los hombres están regresando rápidamente y las minas podrían estar en marcha a toda su capacidad por el quince de este mes.⁵⁶

La huelga había terminado, aunque “llevaría un largo tiempo superar los perjuicios causados por este infortunado asunto y restaurar la total armonía”, como reconoció el gerente A. S. Dwight. En efecto, el clima de agitación, la inquietud y el rencor tardarían meses en disiparse, a pesar de la campaña emprendida por *El Heraldo de Cananea* para pregonar que “Aquí no existe más revolución que la del trabajo que abunda, la del capital que se duplica en grandes empresas y la que trae consigo toda la evolución progresista”.⁵⁷

Las repercusiones, en particular, fueron de largo alcance e importantes para casi todos los actores. Izábal fue uno de los más afectados; la prensa nacional y distintos grupos políticos reclamaron enjuiciarlo por el delito de haber permitido una “invasión” armada estadounidense en México. Al final fue absuelto, pero su prestigio, lo mismo que el de Ramón Corral, parece haber sido dañado seriamente por el episodio.

En lo que toca al ámbito local, el presidente municipal Filiberto Barroso fue sustituido en el cargo por Eduardo Arnold; aparentemente Izábal juzgó que no tuvo la suficiente dureza en el manejo de la huelga.

Los militares involucrados, por el contrario, no parecen haber sido afectados. Kosterlitzky incluso obtuvo algunos beneficios personales. En julio recibía un “préstamo” del Banco de Cananea por 2 300 pesos oro; en diciembre de 1906 fue ascendido a coronel; y en 1910 fue nombrado comandante provisional de la Tercera Zona Militar. Su carrera militar terminó en 1913, ya como comandante, cuando fue derrotado por Obregón y tuvo que exiliarse en los Estados Unidos, donde continuó una buena amistad con Rynning.⁵⁸

Por la parte obrera, el episodio marcó decisivamente a muchos de los líderes y participantes de esos intensos días. Baca Calderón y Diéguez quedaron confinados en las mazmorras de San Juan de Ulúa, pero fueron rescatados al triunfo de Madero y volvieron a Cananea, donde el

⁵⁶ W. C. Greene a *The New York Times*, Cananea, 9 de junio, 1906, en AHMC, doc. 1906, 0085.

⁵⁷ A. S. Dwight a E. J. Gates, Cananea, 14 de junio, 1906, en AHMC, doc. 1906, 122, y *El Heraldo de Cananea*, 4 de agosto, 1906.

⁵⁸ Rodney D. Anderson, *Outcasts in their own land...*, op. cit., pp. 112-114; Jesús Luna, *La carrera pública de...*, op. cit., pp. 118-121; M. González Ramírez, op. cit., pp. xxviii-xxix; W. C. Greene a E. C. Creel, junio 10, 1906, en AHMC, doc. 1906, 0046; Kirk a I. Macmanus, Cananea, 27 de julio, 1906, en *ibid.*, doc. 1050; Cornelius E. Smith, op. cit., pp. 146-147; y *El Heraldo de Cananea*, 12 de enero, 1907.

segundo fue elegido presidente municipal durante el maderismo. Más aún, en la posterior lucha contra el huertismo y contra los convencionalistas, Manuel M. Diéguez se distinguió a tal punto que en junio de 1915 había alcanzado el grado de general de división y, en los años posteriores, fue jefe de Operaciones Militares y gobernador del estado de Jalisco (1917-1919). Sin embargo, esa fulgurante carrera se truncó en 1920 al permanecer fiel a Carranza durante la rebelión de Agua Prieta, y llegó a su fin en 1924 cuando se sumó a la rebelión delahuertista y perdió la vida. Baca Calderón, aunque no tuvo una carrera tan brillante, también llegó a general (brigadier, probablemente), fue diputado al Congreso constituyente, gobernador de su natal Nayarit y senador ya en la era del Partido Revolucionario Institucional.⁵⁹

Esos dos ex mineros no fueron los únicos en alcanzar relieve en la Revolución. Juan Cabrai, Pedro F. Bracamontes y Rito Aguilar, entre otros, siguieron con las actividades liberales en Cananea y se unieron a la marea revolucionaria en 1910.⁶⁰ Es verdad, como ha dicho Knight, que los mineros de Cananea no protagonizaron ningún levantamiento en masa, pero es importante notar que el alto nivel de politización y los acontecimientos de junio sirvieron, sin duda, para el desarrollo de estos políticos revolucionarios. Ahora bien, si es cierto que la transición de agitadores a generales revolucionarios implicó “nuevos compromisos y actitudes, de los cuales la revolución fue una prolífica fuente”, también lo es que, en el fondo, el cambio de roles debió ser menos violento para quienes eran, estrictamente hablando, activistas liberales. Como muchos otros simpatizantes del PLM, no tuvieron dificultad en incorporarse a otro tipo de coaliciones, ya con Madero, Orozco o Carranza. En cambio, como se sabe, el núcleo anarquista del PLM radicalizó su postura y se alejó cada vez más del centro del conflicto.⁶¹

Esto nos conduce, directamente, al asunto de cuál fue el significado de estos días para los mineros. Si el relato de los acontecimientos fue minucioso se debió a que sólo así se podían destacar sus rasgos distintivos. En primer lugar, aunque había un núcleo politizado y un clima de agitación política entre los obreros, es claro que la huelga no fue organizada, que

⁵⁹ Véase John Womack Jr., “La Revolución mexicana, 1910-1920”, en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, tomo 9, *México, América Central y el Caribe, c. 1870-1930*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 111, 121 y 138-141.

⁶⁰ E. Meyer, *op. cit.*, pp. 77 y ss., y 122-124; y H. Aguilar Camín, *La frontera nómada...*, *op. cit.*, pp. 133-134.

⁶¹ Alan Knight, *The Mexican revolution*, *op. cit.*, vol. 1, p. 303; François-Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen...*, *op. cit.*, tomo II, pp. 75-76; y James D. Cockcroft, *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana (1900-1913)*, México, Siglo XXI, 1971, pp. 161-170.

sus demandas aparecieron sobre la marcha y que los liberales fueron incapaces de dirigirla. Esto último, en todo caso, no debe entenderse peyorativamente, pues no se trataba de revolucionarios bolcheviques. Su historia posterior nos muestra el carácter de su liberalismo, y no debe culpárseles por ello. Sus metas eran acabar con una situación dictatorial en primer lugar, así como lograr reformas sociales, no más. Tampoco menos, pues para ello no vacilaron en tomar posteriormente las armas.

Los obreros hicieron la huelga empujados por un conjunto de circunstancias. La discriminación étnica, la desigualdad salarial, incluso el trato despótico de algunos mayordomos ya existían, pero en una severa crisis de la empresa la situación llegó a un nivel inaceptable. Entonces estallaron, y sus demandas mezclaron elementos de orden económico y moral: cinco pesos, ocho horas e igualdad frente a los estadounidenses. Su comportamiento, por otra parte, estuvo más cerca de una revuelta popular urbana que de un levantamiento anarquista, como lo han interpretado muchos historiadores revolucionarios. Conforme los enemigos definieron sus perfiles en el curso de las primeras horas del viernes 1 de junio, el movimiento alcanzó rápidamente una identidad obrera-popular. Los agravios provenían de la empresa y del gobierno que se había aliado con ella. Pero tan rápido como se alcanzó esa identidad, se diluyó en el enfrentamiento armado, la represión y la falta de una dirección unificada. Da la impresión de que los últimos disturbios fueron el esfuerzo de activistas aislados, que los grupos luchaban de manera desesperada, y que algunos simplemente aprovecharon para expresar su desencanto en el saqueo.

Por otra parte, es cierto que esos días marcaron decisivamente a la clase obrera de Cananea, pues le dio una identidad histórica (a la vez que se convertía en un símbolo, un mito), que aparecería en sus siguientes luchas. Y probablemente esto puede aplicarse también a los demás mineros y obreros mexicanos. Sin embargo, también es verdad que en ese momento fue una amarga y dolorosa experiencia. Unos 30 obreros murieron y muchos más fueron heridos, frente a seis estadounidenses muertos y ningún policía o soldado. Tal vez un ciento fue a la cárcel, donde los de mayor notoriedad permanecieron por años. Otros tuvieron que emigrar en busca de un trabajo distinto. La gran mayoría, sin embargo, simplemente siguió en las minas de Cananea, rumiando sus rencores. Es tentador suponer que el episodio les enseñara que para obtener concesiones significativas "necesitaban aliados poderosos y tal vez un cambio de sistema político".⁶²

⁶² M. Gonzales, "United States Copper...", *op. cit.*, p. 674, y Cornelius E. Smith, *op. cit.*, p. 146.

Por último, también los directivos de la empresa pagaron un precio, aunque habían pasado “cuatro días y noches prácticamente sin dormir, en una muy alta tensión” por defender a la compañía. Bien decía uno de los directivos leales a Greene: “Es verdad que los accionistas, en su mayoría, presumo que se preocupan más por los dividendos que por las personas”. En efecto, Dwight fue destituido como director general al mes siguiente. Y Greene, perdida su capacidad de maniobra y su credibilidad frente a los accionistas y la junta directiva, tuvo que pedir ayuda a una de las gigantes mineras. Thomas F. Cole y John D. Ryan, de la Anaconda, fueron en su auxilio sólo para apoderarse del botín. Al final del año, Greene había sido excluido de su empresa. Con él, además, llegaba a su fin una conducción voluntarista, dispendiosa y deficiente en el terreno profesional. La conducción estilo “viejo oeste” había llegado a su límite. Si la empresa iba a sobrevivir, requería una administración científica, y justamente fue lo que el nuevo director general, doctor Louis D. Ricketts, le dio.⁶³

Las consecuencias fueron una inyección de capital formidable, el recambio tecnológico y el descenso paulatino del número de obreros extranjeros. La renovación incluso requirió de un cierre total de la empresa entre octubre de 1907 y julio de 1908. Cuando reanudó operaciones, lo hizo con un 82% de obreros mexicanos, proporción que aumentó todavía en los años siguientes. Ciertamente, durante 1908-1910, no pagó dividendos, pero el sacrificio de los accionistas valió la pena. Su futuro y las ganancias para las siguientes dos décadas estaban asegurados a pesar del vendaval revolucionario y del creciente poder de los operarios en los años veinte.⁶⁴

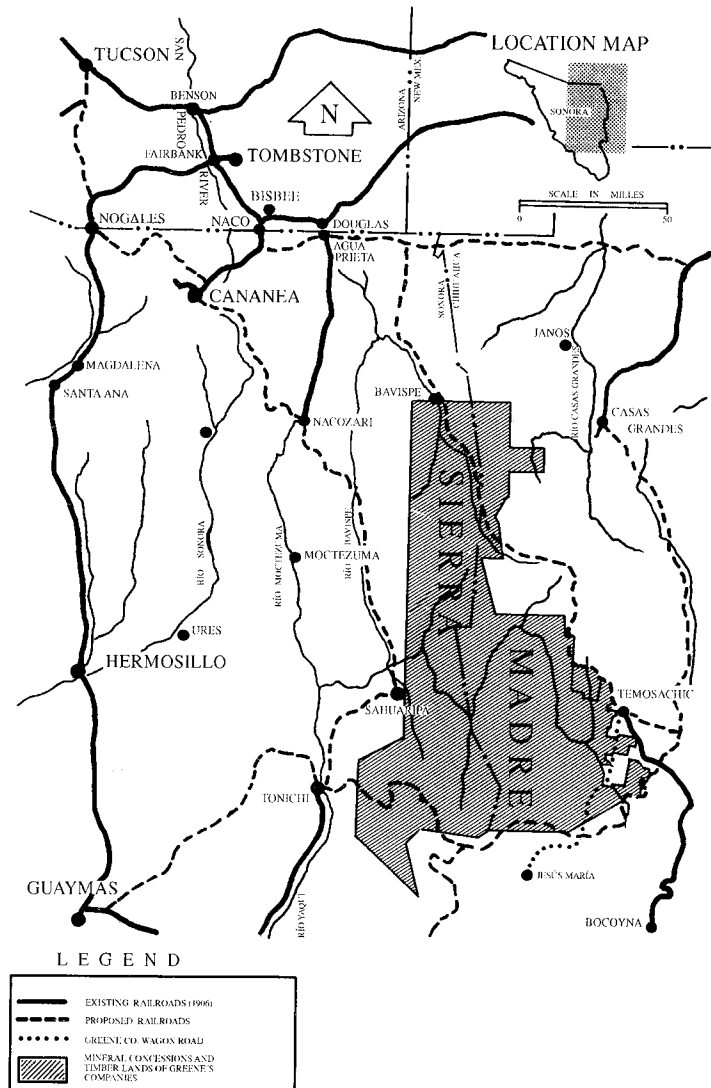
Recibido y revisado en septiembre de 1996

Correspondencia: Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco/
Departamento de Política y Cultura/Calzada del Hueso, núm. 1100/Col. Villa
Quietud/04960 México, D. F./fax 594 91 00

⁶³ A. S. Dwight a E. J. Gates, 14 de junio, 1906, doc. cit.; Northon Chase a W. C. Greene, Nueva York, 13 de junio, 1906, en *AHMC*, doc. 1906, 0044; W. C. Greene a C. L. Stone, 30 de julio, 1906, en *ibid.*, 0105; C. L. Sonnichsen, *op. cit.*, pp. 214-219; y D. M. Pletcher, *op. cit.*, p. 255.

⁶⁴ Véase M. Gonzales, *op. cit.*, pp. 676 y ss. Entre 1911 y 1918 la compañía pagó 17 465 000 dólares en dividendos a sus accionistas, a la vez que lograba acumular una reserva de ganancias por 8 000 000 más. Véase M. J. Elsing y P. G. Spilsbury, “General Report on The Cananea Consolidated Copper Co., S. A., for Purpose of Determining a Fair Capitalization”, 15 de febrero, 1919, en *HSA*, box 4, folder 78.

El imperio mexicano de Greene, c. 1905.



Greene's Mexican Empire ITS FINAL EXPANSION

Don Butkin

Reproducido de C. L. Sonnichsen, *Colonel Greene and the Cooper...*, op cit., p. 153